

iba, sin dejar indicio alguno que permitiera buscarla y encontrarla al cabo.

Solo entonces supo conocer Vandelle hasta qué punto la amaba, qué pérdida acababa de sufrir, y cuán poco se parecía aquella estraña mujer, encontrada al azar en el torbellino parisien, á todas las demás que él habia conocido.

¡Qué lazos tan poderosos le unian á ella! ¡Qué huella tan indeleble habia impreso en su cerebro! Habia marcado en él sus iniciales con hierro candente, y cada dia estas iniciales se hacian mas profundas, se hundian mas y mas! ¡Ya no eran una cifra, antes bien una llaga viva, sangrienta!

Buscábala él, hacia mil esfuerzos para hallarla, corria desatinado á todos los sitios en que calculaba habria podido refugiarse!

¡Vanos esfuerzos! Ester se habia sustraído á toda clase de pesquisas.

Y mientras tanto, los asuntos de Vandelle iban de mal en peor; se le inducia á que volviese á su país, á que celebrase el casamiento que le habian propuesto.

Por poco que tardara en decidirse, la ruina estaba encima, la miseria le esperaba!

Despues de haber perdido á Ester, ¿iba á perder el último recurso que le quedaba, para reconquistar su fortuna?

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

---

## PARTE SEGUNDA.

---

### I.

En la falda de una colina, que baña el Garona antes de unirse al Neste, y á pocos pasos de la aldea de Montréjeau, existe una bonita propiedad, conocidísima de todos los que viajan por los Pirineos. Es la casa de Vandelle. Depende del ayuntamiento de G\*\*, y la verja principal del parque, dá al camino que conduce á la estacion del ferro-carril. Cerca de esta verja, álzase un magnífico pabellon Luis XIII, casa de vigilante ó de amigo que desee la soledad; compónese de una gran pieza baja con chimenea gótica de madera esculpida, muebles de la época, y antiguos tapices representando á la reina de Navarra rodeada de su corte. El primer piso solo tiene dos cuartos de dormir, amueblados á la moderna. El tejado se halla cubierto de pizarras nuevas. Nada hay que estrañar en que Enrique de Vandelle propietario y director de la mejor fábrica de la provincia, hoy en auge, cuide con esmero los lugares que habita, y sobre todo el edificio que acabamos de reseñar, sitio en donde pasó su primera juventud. Dos paseos arrancan de este pabellon, conduciendo á la casa principal, de construccion moderna, edificada sobre los restos de un castillejo del siglo XVI. Por un capricho del propietario, estos paseos en lugar de conducir directamente

á la casa, entretienen al visitante en un jardín inglés bellissimo, que posee magníficas flores y esbelto arbolado. Un arroyuelo serpentea, entre ellas, dando mayor encanto al paisaje.

Desde el terrado de la casa, disfrútase de magnífico panorama: á la derecha, en primer término, la quinta de M. de Lassus y las bellas ruinas de un convento de Agustinos. Detrás, sobre una planicie bastante elevada, Montréjeau (Mont-Royal) que á primera vista tiene el aspecto de una plaza fuerte: en el mismo lado, las vastas llanuras que se estienden hasta Tarbes, reposan con sus aguas tranquilas y su verdor, la vista cansada del grandioso y agreste paisaje que se desarrolla á la izquierda, al S. O. del lado de Luchon. En esta direccion, y bajo un cielo puro, la vista se deslumbra; es una gigantesca decoracion; un telon de soberbias montañas, elevándose una encima de otra, y perdiéndose en el infinito. Aquí las altas cimas de Car y de Cagire, el pico de Honcheton, el Monte Galié, el pico de Gar; allá y hácia la parte de España, el pico Blanco, el de Alba, y un rincon de la Maladetta con sus eternos hielos.

## II.

Ante horizonte tan magnífico, sobre el terrado de la casa y en una bella tarde de agosto, volvemos á encontrar á Enrique Vandelle, dos años despues de haberle abandonado. Varias personas le rodean; el abogado Raynal, nombrado seis meses hace, juez de Saint-Gaudens, y el alcalde de G\*\*, M. Fourcanade acompañado de su mujer y su hija.

Esta trinidad municipal, tiene un sello característico: el marido, grueso, pequeño, barrigudo, con piernas muy cortas y enormes piés, cabeza calva, y solo algunos mechones por encima de las orejas, mofletudo, doble barba imberbe, nuca carmesí, pescuezo apoplético, ojos saltones, sonrisa franca dejando

ver blancos y sanos dientes: tal es su retrato. La mujer, alta, seca, lisa, un baston con enaguas; rostro amarillo, cabellos negros, comprados tal vez por tres francos á una montañesa, nariz de lorito, labios delgados y secos, replegados hácia dentro como para encubrir la ausencia de la dentadura. Habla bien, con pretensiones, es autoritaria, eso sobre todo, y moralmente, ella es la que empuña la vara de la alcaldía. La hija, de unos diez y ocho años de edad, parece tener mas de treinta. La naturaleza por un raro contraste, el dia en que nació le otorgó la enorme cabeza de su padre, y el cuerpo flaco de su madre, lo que la asemeja á una manzana plantada sobre un espárrago. Es el desgraciado fruto de los amores de un hombre demasiado gordo y una mujer escesivamente flaca.

En cuanto á Raynal, el antiguo abogado convertido en juez, se ha improvisado una fisonomía y una figura apropiadas á su nueva carrera; afeitado como un seminarista, gesto grave, mirada profunda, corbata blanca y cuello tieso, exageradamente almidonado, derecho como un pino dentro de su abotonado paletó, no existe ya en él, el Raynal de otro tiempo, tan fácil de embriagar, tan locuaz, tan amigo de complacer á las mujeres.

Vandelle tambien parece haber cambiado; el aire de sus montañas en lugar de crearle una nueva juventud, una nueva vida, en vez de constituirle una nueva sangre, ha puesto círculos amaratados á sus ojos, ha hecho palidecer sus mejillas. Sigue siendo el robusto muchacho de otro tiempo de espaldas sólidas y ancho pecho, pero ya el jóven se ha convertido en hombre. Las largas correrías, las marchas penosas, las cacerías fatigosas, las caricias del viento y los besos del sol, no le prueban, lo cual no tiene nada de extraño; ciertos parisienses no pueden impunemente abandonar sus bulevares y cambiar de costumbres. Envejecen y se marchitan en los países bienhechores donde otros adquieren fuerzas y se regeneran; tan peligroso es trasplantar á cierta clase de hombres, como á cierta especie de plantas.

Conviene, sin embargo, añadir, que la naturaleza no era la única culpable en lo que concierne á Vandelle: no pedia ella otra cosa que sonreírle y concederle sus favores para darle gracias de haber vuelto á gozarla, pero también es cierto que él no debía poseer la tranquilidad de espíritu que exige ella á los que desean disfrutar de sus beneficios. No basta que los piés del hijo pródigo hayan pisado el terreno vivificante en que nació; es preciso que su cabeza no se vuelva hácia las comarcas febriles habitadas por él en otro tiempo; que pensamientos mal sanos no le conduzcan sin cesar, al lugar donde ya no debe volver.

### III.

Raynal, grave y digno, hablaba con el alcalde de G\*\*... y le preguntaba:

—¿Hay muchos cazadores sin licencias en el país, Mr. Fourcanade?

—Muy pocos, señor juez. Únicamente, algunos pobres diablos que no atreviéndose á cazar venado en la montaña, tienden sus lazos en el llano para procurarse algun alimento... Los guardas hacen la vista gorda.

—Muy mal hecho, señor alcalde, replicó el juez en tono severo. Esto es una tentación á la pereza, á la vagamundería, al robo. No sé por qué se considera ese delito como leve: el hombre que se apodera de la caza agena es tan culpable como el que roba dinero: nuestras leyes son demasiado indulgentes.

—¡Pero por robar un conejo, no puede enviarse un hombre á presidio!..

—¿Y por qué nó? Antiguamente los ahorcaban!

—¡Diablo! ¡Es V. muy severo señor juez!

—La severidad es el principio de la justicia. Yo no conozco

ni comprendo mas que dos categorías de individuos: los honrados y los malhechores. Es preciso que la sociedad se defienda: repita V. esta máxima á su guarda campestre, señor alcalde. La policía está muy descuidada en Saint-Gaudens. Uno de mis colegas nombrado al mismo tiempo que yo para una provincia del Centro, ha obtenido ya dos condenas á cadena perpetua, y yo no hago aquí nada, absolutamente nada, ni el mas pequeño crimen que perseguir... ¿Cómo puedo adelantar de este modo en mi carrera?

Enrique Vandelle se acercó á los que hablaban.

—¡Dichoso mortal, exclamó dirigiéndose á Raynal; eres ambicioso!

—Ciertamente que lo soy, respondió Raynal, no se entra en la carrera de la magistratura para permanecer siempre en el mismo empleo. Desde que he puesto la mano en los procesos, siento en mí el tipo de un procurador general. Pero me hace falta una ocasion, una circunstancia, un buen crimen, que llegue á hacerme célebre! Procúremelo V. señor alcalde. ¡Qué diablo! no deben faltar criminales en este país.

—Os aseguro, Sr. Juez, dijo suspirando el alcalde, que produce muy pocos!

Después de dichas estas palabras, Fourcanade se alejó para acercarse á su mujer y á su hija, que hacia un rato le estaban llamando, y á quienes temia enfadar.

Solo ya con Raynal, Vandelle recordando las teorías sostenidas en otros tiempos por su amigo, no pudo menos de decirle, sonriendo:

—¡Qué completa metamórfosis la tuya en el espacio de dos años, con respecto á tus opiniones sobre crímenes y criminales!

—Hace dos años, respondió el joven magistrado, era abogado. Hoy soy juez, y es muy sencillo que haya cambiado de ideas, al cambiar de posicion. Tú mismo has variado un

poco en carácter, en costumbre, en género de vida, confíesalo!

—He variado mucho. A mis costumbres les ha pasado lo que á tus ideas; se han modificado segun el cambio de posicion. Cazar, comer, beber... Aquí no existe otro modo de emplear la vida, y yo me he convertido naturalmente, por la fuerza de las cosas, en un gran cazador, un gastrónomo y un terrible bebedor. Nunca he sabido hacer nada á medias!

—Pero, en cambio, ¿debes tener grandes ocupaciones?

—¿Cuáles?

—Tu fábrica, tus negocios.

—¿Mi fábrica? Ya marcha ella sola: las máquinas marchan tambien al vapor y mis obreros hacen lo que mis máquinas. Y en cuanto á las oficinas funcionan del mismo modo que los talleres. Todos los sábados el pago; todos los meses los vencimientos; todos los años el inventario.

—Y detrás de él, los millones!

—¿Y despues de los millones?

—La ambicion; consejero, diputado, ministro.

—Para esto falta una condicion.

—¿Cuál?

—El deseo de serlo.

—¿Cómo! ¿No deseas nada?

—Sí; tengo un ideal.

—Veamos.

—El de llegar á la felicidad de la bestia, como el alcalde que acaba de dormirse allá abajo.

—¡Vaya, vaya!

—Hé ahí la sublimidad de la existencia. El hombre tiene dos enemigos, que son: sus sentidos y su alma. Por lo tanto, conviene, matar al cuerpo con la fatiga y matar al espíritu con el sueño.

—Es decir, ¿vencer los recuerdos dolorosos? dijo el juez con irónico acento.

—¿Crees que sufro con mis recuerdos? ¿Con cuáles?

Raynal se detuvo y dirigió á Vandelle una profunda mirada.

—Los que haya podido dejarte Ester Sandraz.

—¡Ester! contestó Vandelle estremeciéndose. ¿La conoces?

—Debería conocerla, dijo Raynal, renunciando á su tonillo de juez y volviendo á ser lo que era en realidad, un buen chico: pero el dia en que me encontré con ella en tu casa, habia sido tan escelente tu comida; tan deliciosos tus vinos, que, preciso es confesarlo, me turbé un poco..... Pero, no despertemos recuerdos semejantes.

—Permíteme que te observe, que tú has sido el primero en entrar en el camino de los recuerdos, pero que por ello puedes perfectamente evocar los míos sin peligro: hace ya tiempo que se han borrado.

—Esto habia de suceder á la fuerza; tu mujer que se acerca á nosotros, es realmente encantadora. A propósito ¿quién es ese jóven que viene hablando con ella? Le veo por vez primera en estos sitios, y ya concibes que como juez que soy.....

—Debes conocer á todo el mundo, ¿no es cierto? Pues bien, ese jóven es un primo lejano de mi mujer, y un amigo de su infancia, si mal no recuerdo. Se llama Federico Deschamps, acaba de salir de la Escuela de ingenieros y busca una plaza en el país.

—Admítele en tu fábrica.

—Nó; no le necesito.

#### IV.

Esta respuesta hubiera causado pena á Enriqueta si hubiese llegado á oirla. Precisamente en aquel momento hallábase formando el proyecto de colocar en la fábrica de su marido al jóven ingeniero.

—Quisiera, le decia paseándose á su lado, verte comenzar aquí tu carrera, en este país que fue cuna de ambos. Quisiera protegerte en tus primeros adelantos!

—¡Oh, querida Enriqueta, respondia Federico; si supieses el bien que me están haciendo tus palabras! ¡Qué dulce es saber que uno no está solo en el mundo! En París, decíame muchas veces: «¿Tengo una hermana? ¿Por cuanto tiempo la tendré? Se casará, y mi recuerdo se borrará de su memoria.

—Ni de mi memoria, ni de mi corazón, amigo mío!

—¿Qué soy yo para tí?

—El recuerdo vivo y dulcísimo de mi venturosa infancia. Eres el primer protector, el primer apoyo, la primera afección que he encontrado, fuera del techo paternal. Tu mano es la primera que me sostuvo, cuando solté la de mi madre. Tenias cuatro años mas que yo, eras ya un hombre y yo una muchacha... Me acuerdo de todo; de nuestros juegos, de nuestras correrías por los campos, en que tú apartabas con el pié los guijarros que se encontraban á mi paso: en que me tomabas en tus brazos para hacerme atravesar los arroyos y riachuelos; todo, todo, hasta el día en que tan bravamente te lanzaste en mi presencia á detener á aquel caballo desbocado que nos hubiera pulverizado á ambos!

—¿Te acuerdas de todo eso?

—No hace mucho que ha pasado, y para que se borren de mi memoria, ni he sufrido grandes dolores, ni gozado grandes alegrías.

Decia esto con dulce voz, armoniosamente timbrada: sus grandes ojos azules, velados por larguísimas pestañas, miraban francamente á Federico; su boca sonreíale con sonrisa un poco triste, pero llena de encanto. Dos años de matrimonio habian perfeccionado aquella hermosura que el mismo parisien Vandelle, gastado ya por sus conquistas, llegó á admirar al principio. La jóven incompleta en algunos puntos, en

los contornos todavía indecisos, habia, por otra parte, llegado á ser mujer completa; la mirada suya se habia hecho tierna y melancólica, su nariz tenia ese movimiento nervioso que indica sensaciones diversas: sus labios eran mas húmedos, la sangre circulaba con mayor rapidez, bajo una piel de estremada finura. La flor se habia entreabierto á la luz y hasta su tallo participaba de este desarrollo: los hombros habian adquirido redondez exquisita, el cuerpo un tanto virginal se habia desarrollado, el talle ondulaba muellemente. Sin haber perdido nada de las gracias de la jóven soltera, Enriqueta de Loustal, dejaba adivinar que comenzaba á conocer los secretos de la mujer.

Su compañero, Federico Deschamps, tendria unos veinticinco años; era de estatura regular, delgado, elegante; llevaba toda la barba, negra, y bigotes espesos á través de los cuales se entreveían dientes blanquísimos. Sus cejas muy pobladas, su mirada comunmente melancólica, pero firme cuando se fijaba en alguno, parecían indicar voluntad y energía. Era todavía un jóven, pero en ciertas arrugas de su frente, en su sonrisa triste por momentos, se comprendia que no siempre la vida habia sido feliz para él, y que conocia de sobra sus infortunios.

V.

Cuando Enriqueta hubo acabado de hablar, Federico que la habia escuchado en silencio, le dijo bruscamente:

—Quiero pedirte una cosa, Enriqueta.

—Pide, respondió ella sonriendo.

—Tengo miedo de que no seas dichosa.

—¿Y en qué se funda ese temor?

—¿Te aman como mereces ser amada?

—No sé de qué manera merezco ser amada, pero creo que Enrique me profesa un afecto simpático y leal.

—¿Y nada más?

—No conozco bien la vida, amigo mio, pero lo poco que he visto me ha hecho pensar, que es preciso no ser muy exigente en las cosas de la vida.

—¿Y le amas?

—Leal y sinceramente, como deseo y creo que él me ama. No hemos hecho, en verdad un matrimonio de amor... Conocía poco á Vandelle, que no venia con frecuencia á este país... No me disgustaba, y esto es todo. Cuando se me propuso este casamiento, como el único medio de salvar su fortuna casi perdida, y la mia bastante comprometida, consentí sin entusiasmo, pero también sin repugnancia. «Si es bueno, me dije, le amaré,» y tenía confianza en que era bueno.

—¿Y ha justificado él esa confianza? ¿Qué pasa entre vosotros? ¿de qué procede esa frialdad que él te demuestra, que yo he notado y que tanto te molesta?

—Te engañas; no sufro; únicamente me creo un poco aislada. Mi marido necesita hacer ejercicio, procurarse distracciones de que yo no puedo disfrutar. Es una necesidad que exigen su salud y su carácter. Por lo demás, mi aislamiento vá á cesar muy pronto. No tardaré en tener una compañera, si es posible, una amiga. He alcanzado de mi marido que escribiese á París para que se me busque una jóven honrada, de buena educación que consienta en venir á mi lado en calidad de lectora y *dame de compagnie* (1). Si encuentro esta persona, si me agrada su carácter, y sus aficiones simpatizan con las mías, fácilmente me acomodaré á aguantar las costumbres de Enrique.

(1) Dejamos sin traducir esta palabra, porque en España, no existen esta clase de empleos, y decir *señora de compañía* ó *compañera*, no traduce exactamente la expresión francesa.

Federico la contempló durante un momento. Después, perdiendo su calma habitual, y alzando la voz, exclamó:

—¿Y eso es todo cuanto pides á la vida, tú que mereces todas sus alegrías, todas sus ternuras? ¿Te contentas con la bondad banal de ese hombre? ¡Ah! Este matrimonio, este matrimonio que yo maldije, que desgarró mi corazón, no te hace feliz, y ni el consuelo me queda, de ser yo solo el que sufra!

—¿Qué significan esas palabras, Federico? dijo ella intentando adoptar un aspecto severo.

—¡Perdon! ¡Perdon! continuó: se me han escapado á pesar mio! Desbordaban de mi corazón! ¡Soy muy desgraciado! Sufro mucho! ¿Acaso no sabias, Enriqueta que te amaba?

—Calla, calla, Federico: pretendes acaso que me arrepienta de la afectuosa acogida que te he dispensado?

—Enriqueta... hermana mia...

—¡Tu hermana, sí, tu hermana! Por este nombre, y nuestros recuerdos de otros días, consiento solo en perdonarte esas palabras que son una locura y una ofensa; no quiero ya acordarme. No las has pronunciado; no las he oído. Únicamente me acuerdo de nuestra amistad desde la infancia. Consévala, santa y piadosa, como yo la conservo. Enriqueta se ha convertido en la señora de Vandelle, no lo olvides; vaya, la cuestión ha terminado; dáme tu brazo, hermano mio; conviene que me presente á mis visitas, que por tu causa he olvidado hace ya tiempo.

Durante este largo diálogo, había caído la tarde; los primeros fuegos del sol poniente, iluminaban ya las tranquilas aguas del Garona y las olas inquietas del Neste: todas las montañas del horizonte dibujaban claramente sus perfiles, en el cielo purísimo que comenzaba á enrojecer; en las cimas elevadas, las nubes disponíanse también á adoptar el color de púrpura que había tomado el cielo.